

VITTORIO RIESER

SOBRE LA CONCIENCIA DE CLASE EN LA FASE ACTUAL DEL CAPITALISMO¹

1. El problema y algunas respuestas ideológicas

Que en este momento la conciencia de clase del proletariado no sea especialmente fuerte y antagónica es de sentido común. El problema es: ¿por qué razón? De la respuesta a este interrogante derivan también perspectivas de futuro y propuestas de acción. Partimos, llevándolos al extremo, de dos posibles (y «clásicos», ya que se vuelven a proponer periódicamente) «polos de respuesta»:

- el debilitamiento de la conciencia de clase se debe al hecho que las organizaciones del movimiento obrero han abandonado una perspectiva de clase (es la clásica hipótesis del complot-traición);
- el debilitamiento de la conciencia de clase es la consecuencia inevitable de las mutaciones estructurales (y no sólo estructurales) del capitalismo: las que hacen que (según ciertas interpretaciones) «la clase obrera haya desaparecido» o «se ha integrado en el sistema» o «se ha atomizado» (y se le esté sermoneando).

Como he dicho, hemos llevado estos dos modelos al extremo; aunque se suelen presentar en versiones más articuladas y actualizadas, con algún fundamento en la realidad. La «hipótesis de la traición» ha vuelto a presentarse con fuerza desde la derrota en Fiat en 1980. Y aún cuando no se utilizaba la terminología estalinista, el esquema de pensamiento siempre era aquel de ver en la capitulación de los grupos dirigentes la única causa de la decadencia de la lucha y de la conciencia de clase: la línea del Eur, el hundimiento de las confederaciones sindicales frente a Fiat en 1980, el acuerdo del 23 de julio de 1993 etc. etc. han sido así los elementos de explicación autosuficientes del debilitamiento de la clase obrera y de la conciencia de clase. Y, obviamente, este criterio interpretativo se ha presentado con mayor fuerza aún frente a la disolución del PCI y los sucesivos procesos a los que dio lugar.

¹ Vittorio Rieser: 'Sulla coscienza di classe nell'attuale fase del capitalismo', *Inchiesta*, 24 de mayo de 2014. <http://www.inchiestaonline.it/lavoro-e-sindacato/vittorio-rieser-sulla-coscienza-di-classe-nellattuale-fase-del-capitalismo/>. Publicada anteriormente en *Vento Largo*, 11 de mayo de 2013. Traducción de Bachisio Bachis revisada por Pablo López Calle y Juan José Castillo.

Para entendernos: ¡no es que las críticas a estas sucesivas elecciones de los grupos dirigentes del movimiento obrero carezcan de fundamento! Pero, primero, éstas no lo explican todo; segundo, las consecuencias prácticas a las que conducen son a menudo estériles, ya que se limitan a la denuncia de tales elecciones.

Los intentos de explicación «estructural» del debilitamiento de la conciencia de clase han registrado, «desde la izquierda», versiones más articuladas y argumentadas, centradas sobre la cuestión de la composición de clase. Sin embargo, detrás de éstas había una visión simplificada y mecanicista, que conectaba los «momentos altos» de la conciencia de clase con la concentración productiva fordista y con la figura del «obrero-masa». De esta forma, se olvidaba que momentos aún más altos de la lucha y de la conciencia de clase habían tenido lugar en fases precedentes y distintas, y tenían en su centro a la figura del obrero profesional; y se pasaba por alto un análisis crítico de los límites políticos de la «conciencia del obrero-masa» con respecto, por ejemplo, al obrero profesionalizado y politizado. Frente a la actual, y creciente, fragmentación del obrero colectivo y de las relaciones laborales, se limitan a invocar a la «recomposición de clase».

Frecuentemente, en última instancia, se registra una paradójica convergencia de los dos filones interpretativos llegando a proponer formas minoritarias de «organización pura y dura»: que vuelvan a instaurar la «línea comunista correcta» abandonada por los partidos «institucionales», o que vuelvan a llamar a los trabajadores a la unidad de clase —en una especie de versión caricaturesca de la «conciencia política introducida desde el exterior» de Lenin—, olvidando que ésta se refería a la existencia de un robusto terreno de lucha (y de correspondiente conciencia) aunque limitado al terreno de la lucha económica entre obrero y patrón. Y sin embargo, detrás de estas posiciones ideológicas, quedan dos importantes «núcleos de verdad», sobre los que será oportuno volver:

- el hecho de que hoy en día ninguna organización «de masas» (política o sindical) proponga una «alternativa de sociedad» tangible (ya sea «reformista» o «revolucionaria») tiene un innegable impacto sobre la conciencia de clase;
- los cambios en la composición de clase no se pueden reducir a cambios en la composición profesional (el declive de algunas profesiones y actividades productivas y la emergencia de otras) o en la composición sectorial (más trabajadores en el sector terciario y menos en la industria), sino, que la des-regulación de las relaciones laborales introduce elementos de división más profunda y de «distorsión» en la estratificación de clase (como he dicho en otras ocasiones, «el ejército industrial de reserva entra en la fábrica»: cada estrato de trabajadores se vuelve «ejército de reserva» con respecto a otros).

2. Una digresión histórico-teórica

En *La Ideología alemana* Marx, *grosso modo*, dice que las ideas dominantes son las ideas de las clases dominantes. Pero, cuando desarrolla sus hipóte-

sis revolucionarias, presupone obviamente que el proletariado se libera de las ideas de las clases dominantes y adquiere una conciencia de clase propia. No se trata, obviamente, de una «evolución» del pensamiento marxiano de una fase «pre-revolucionaria» a una fase revolucionaria, y no se trata de una contradicción. Ambas cosas son verdaderas. Se trata de ver en cuales condiciones el proletariado se libera de la ideología de la clase dominante para desarrollar su propia conciencia de clase. Pero esto significa, implícitamente, que la conciencia de clase no se da de una vez por todas; y tampoco (sobre esto volveré más adelante) que el camino hacia la formación de la conciencia de clase sea una evolución progresiva, desde niveles «más bajos», paso a paso, hacia niveles más elevados.

Pensemos, por un momento, en los ejemplos históricos más conocidos, en los que el proletariado ha desarrollado (y traducido en la práctica!, o más bien: ha desarrollado a través de la práctica) una conciencia de clase «antagónica». No entro aquí en discusiones filólogo-ideológicas de este término, y lo utilizo en un sentido muy «laxo» y de «sentido común». Para utilizar una perspectiva marxiana simple, podemos hablar de conciencia de clase antagónica cuando el proletariado se opone a las clases dominantes para cambiar el estado de cosas presente.

Sin embargo, está claro que ésta comprende situaciones muy distintas, en términos de objetivos, de formas de lucha y de sus correspondientes formas de conciencia de clase. Comprende procesos «revolucionarios» y procesos «reformistas», conflictos de clase que interesan esencialmente a la clase de los explotadores directos o incluyen también a sus «expresiones políticas» y a las instituciones del estado burgués. Los objetivos —y los éxitos (cuando estos procesos son victoriosos)— pueden ser la revolución socialista o la defensa/restablecimiento de la democracia, pueden ser la afirmación y el reconocimiento institucional del sindicato o la desregulación/redefinición del orden de relaciones sindicales, pueden ser la conquista de formas de Welfare State, o en todo caso de reformas sociales «igualitaristas», o planteamientos más rupturistas... Las formas de lucha pueden fundarse sobre huelgas u otras movilizaciones de masas (con mezclas muy distintas entre ellas) o llegar a la insurrección armada; pueden o no comportar reacciones institucionales en términos de resultados electorales y cambios de gobierno, etc. etc.. Si queremos comprender por completo el amplísimo arco de la experiencia de lucha del proletariado en el siglo xx, tenemos que incluir todos estos ejemplos (y si saliéramos de las fronteras europeas y del capitalismo occidental la casuística sería aún más variada) y ciertamente no seleccionar, a modo «aristocrático», sólo aquellos que corresponden a este o aquel esquema doctrinario.

Esto significa, en primer lugar, que la «conciencia de clase antagónica» del proletariado puede asumir formas/contenidos distintos y poner en marcha procesos y movimientos distintos. Pero, en segundo lugar, estos movimientos y estos procesos han tenido resultados distintos, en el sentido en que pueden haber sido victoriosos o derrotados. La derrota puede haber consistido en una realización frustrada de los objetivos, que ha dejado vivo al movimiento, o bien en una represión/destrucción (más o menos violenta) del movimiento mismo. Y sin embargo también, aún la victoria puede tener salidas y desarrollos distintos, con respecto a los objetivos iniciales.

La conciencia de clase no queda inalterada frente a estos acontecimientos, sino –en lo bueno y en lo malo– sufre los contragolpes. Eso queda especialmente evidenciado en el caso de las derrotas. Pero, incluso en el caso de las victorias, nada dice que la conciencia de clases esté «a la altura» de los nuevos problemas y retos abiertos por la victoria misma: la historia de las sociedades socialistas después de la toma del poder presenta significativos ejemplos.

De aquí se sigue una indicación ulterior: la conciencia de clases siempre es reversible, es decir que puede «regresar» de los niveles anteriormente alcanzados. Pero hasta dónde pueda llegar este regreso no está determinado de forma mecanicista. No es necesariamente una simple «vuelta al punto de partida»; puede ser una llegada «por encima» pero también «por debajo» del punto de partida, o puede ser incluso un cambio que determina una conciencia de clase «distinta», con nuevos puntos de referencia, y que no puede ser inmediatamente clasificada como «por encima» o «por debajo» de los niveles anteriores.

En base a estas consideraciones, se puede incluso decir que los niveles más altos alcanzados por la conciencia de clase son por su naturaleza relativamente inestables, es decir propios de fases específicas y de particulares constelaciones de circunstancias –y no pueden por lo tanto suponerse como ciertos en proyectos políticos a largo plazo: éstos deben asumir como probable alguna forma de «atraso», y «contar» ello.

No podemos pues suponer, en nuestros proyectos estratégicos, una clase trabajadora siempre igualmente tensa para realizar sus objetivos de clase, contra los patronos o en el ámbito de un régimen socialista (es decir contra las nuevas formas que adquieren sus «enemigos de clase»), abstrayéndonos de sus necesidades fisiológicas más simples, vinculadas a la exigencia de poder vivir y trabajar tranquilamente. Así como en el trabajo, también en la conciencia y en la lucha de clases el proletariado necesita de «poros» que le dejen algún margen de respiro –y, si no los tiene, se los construye de una forma o de otra (no nos olvidemos que el proletariado no hace la lucha de clases como «profesión»– a diferencia de otros, incluso de sus mismas filas –sino porque está obligado por su condición: y por lo tanto no pensemos que «la lucha de clases como profesión» sea el modelo de referencia de la conciencia de clases.

3. Alguna definición de referencia

Llegados a este punto, estaría bien bajar del nivel general-abstracto a la realidad de hoy en día. Para hacerlo, sin embargo, es oportuno definir un poco mejor los términos que utilizamos. Pero que quede claro, por lo que hemos dicho hasta ahora, que aquí no nos movemos en el terreno de la «ontología» de la conciencia de clase, sino en un terreno mucho más empírico, en tanto que pragmático, o sea, orientado hacia la práctica política. Las definiciones a las que nos referiremos estarán por lo tanto «empobrecidas en lo ontológico» con respecto a la tradición marxista –pero no se trata de un «marxismo débil», ya que no se atenúa su contenido conflictivo.

Antes de nada: con el término «clase» nos referimos al proletariado del capitalismo de hoy, es decir a todos aquellos trabajadores que venden su fuerza de trabajo al capital, aunque en formas distintas y más variadas respecto al pasado reciente. (Siempre merece la pena notar que, a nivel mundial, y también en nuestros países «capitalistas avanzados», Italia incluida, su incidencia es enormemente creciente). Asumimos pues como referencia la condición social objetiva, independientemente del tipo de conciencia que a ella se asocia.

Para hablar «de forma no ontológica» de conciencia de clase, utilizaré el planteamiento conceptual de Erik Wright –que es, justamente, uno de aquellos marxistas que intentan elaborar una sociología marxista «con los pies en el suelo», sin perder su caudal antagonista. Él propone descomponer el concepto en tres elementos– lo mejor es citarlo literalmente:

«1. Percepción de las alternativas. Elegir significa seleccionar entre las líneas alternativas de acción que son percibidas como posibles. Un elemento importante de la conciencia es, por lo tanto, la percepción subjetiva de cuales posibilidades existen. “Conciencia de clase”, en este sentido, implica los modos en los que la percepción de las alternativas tiene un contenido de clase, así como las relativas consecuencias para el comportamiento de clase.

2. Teorías sobre las consecuencias. La percepción sobre las posibles alternativas, por sí sola, es insuficiente para elegir; las personas tienen que tener también alguna idea sobre las consecuencias previstas de una determinada elección de acción. Esto significa que las elecciones, de alguna manera, implican ciertas teorías. Éstas pueden ser teorías “prácticas” más que teorías abstractamente formalizadas, pueden tener carácter de *rules of thumb* más que de principios explicativos. En estos términos, la conciencia de clase tiene que ver con los modos en los que estas “teorías” contribuyen a formar las elecciones que las personas realizan en sus “prácticas de clase”.

3. Preferencias. Saber cómo una persona percibe las alternativas y sus teorías sobre las consecuencias de cada alternativa no es suficiente, sin embargo, para explicar una determinada elección consciente; es necesario, obviamente, conocer sus preferencias, es decir sus evaluaciones sobre lo deseables que puedan ser tales consecuencias. “Conciencia de clase”, en este sentido, afecta a la especificación subjetiva de los intereses de clase».

(Hay que recordar, con respecto a esto, que Wright vincula el concepto marxiano de clase al concepto de explotación, es decir a la base objetiva del conflicto de intereses entre el proletario y el capitalista; hay que ver el concepto de «intereses de clase» bajo esta luz –y se puede hasta releer el concepto de «falsa conciencia» en estas claves– por esto el marxismo de Wright puede definirse «empírico», y no «débil», en cuanto mantiene la base antagonista del modelo originario).

Dotados de este elemental «equipamiento conceptual» intentaremos ahora movernos entre fragmentos de la realidad italiana de hoy en día – para luego volver a estas referencias conceptuales, cuando intentaremos extraer de ellas algunas indicaciones interpretativas y políticas.

4. *Algunas señales de una investigación entre los trabajadores de Brescia*

Nota. - Estas notas se han extraído libremente de un manuscrito, titulado *Geschichte und Brixianer-bewusstsein*, encontrado escondido en los yacimientos arqueológicos de la Val Camonica. El manuscrito parece haber sido redactado por un anónimo y oscuro seguidor local de Lukacs, y probablemente estaba destinado a una revista, *Komunismus*, que tuvo una vida breve y que hoy es imposible de encontrar, quizás debido a la subsiguiente oleada represiva.

No creo (pero quizás eso dependa de mi ignorancia bibliográfica) que existan en Italia investigaciones específicamente dirigidas al análisis de la conciencia de clase del trabajador precario/globalizado de la fase actual, aunque existe una documentación periodística de la que es posible sacar indicaciones al respecto. Por esta razón empezaré por una investigación que he realizado personalmente para la CGIL de Brescia, y que ha sido planteada precisamente para apuntar ideas en torno a este tema.

Por una serie de razones, incluso prácticas, que no hace falta mencionar, la composición de las 62 entrevistas (más un *focus group*) de esta investigación está «sobrerepresentada por los jóvenes»: 37 de 62 entrevistados (más todos los que han participado en el *focus group*) no superan los 30 años. Como corresponde, sólo 30, es decir menos de la mitad, tienen un contrato indefinido. Finalmente, la composición por nivel de estudios es medio-alto. En resumen, el perfil preponderante es el de «jóvenes trabajadores con aspiraciones». Partimos recapitulando brevemente los recorridos de estos trabajadores, desde la escuela, pasando por los trabajos desempeñados, hasta el trabajo actual.

Hay un primer recorrido, frecuente pero minoritario en el «campo» de Brescia (por obvias razones) es el típico «recorrido obrero» tradicional: baja escolaridad, trabajos obreros iniciales que llevan al actual trabajo, siempre obrero pero estable, en el que se verifica algún «progreso profesional» (real, o bien determinado por los efectos de la antigüedad).

Sin embargo, existen otros dos recorridos que parten de niveles de escolaridad medios (bachillerato) o altos (licenciatura o más) y que son más bien numerosos en nuestro caso. Todos empiezan con trabajos precarios o en negro, de contenido muy variado, desempeñados durante los estudios. Este tipo de itinerario es relativamente frecuente y común con épocas anteriores. Las novedades aparecen una vez que se ha terminado el ciclo principal de estudios.

Entre los dos tipos de itinerarios que se abren, hay uno más común que es relativamente coherente desde el punto de vista profesional, en el que el sujeto busca trabajos de alguna manera correspondientes a los estudios realizados, porque éstos correspondían suficientemente a una «vocación profesional» propia. Pero, en general, realmente son recorridos «accidentados», entre trabajos precarios a menudo de breve duración, y –sobre todo– casi nunca llevan a una meta estable: aún el trabajo actual (más o menos correspondiente a la «vocación profesional») es precario en varias dimensiones.

El segundo tipo de itinerario, casi igualmente numeroso, es todavía más «accidentado», porque las etapas a través de las que se desarrolla –y dónde suele desembocar– no sólo son precarias, sino heterogéneas con respecto al proyecto curricular (unas veces porque éste no correspondía a las expectativas del sujeto, pero a menudo porque «no había otras posibilidades»). El desenlace actual pues, a menudo, es precario no sólo «objetivamente» sino también «subjetivamente».

Ahora bien, sólo una reducida minoría está satisfecha con los itinerarios profesionales y las salidas laborales. Aquellos del «primer itinerario» están más que nada «resignados»: tienen a menudo una edad avanzada, tienen un trabajo estable y esperan la jubilación. Aquellos del «segundo recorrido», los más motivados profesionalmente, porque han buscado una coherencia profesional a través de pasajes accidentados, a menudo no han alcanzado un trabajo correspondiente a sus niveles de formación, pero muchas veces se conformarían con el trabajo que tienen, si fuera estable –aunque algunos sean escépticos incluso sobre esta posibilidad–. Más «dispersas» son las expectativas/aspiraciones de los del «tercer recorrido»: algunos esperan encontrar un trabajo más vinculado a su formación, pero otros hacen una evaluación negativa de su recorrido formativo (bien porque les ha sido impuesto, o porque se ha revelado distinto de las expectativas): por lo tanto, algunas veces, el único objetivo es la estabilización en un trabajo cualquiera (ligado a la realización de objetivos extra-laborales, por ejemplo, el formar una familia, etc.); otras veces fantasean con proyectos de cambio, aunque son muy improbables, hacia campos totalmente distintos del trabajo actual.

Intentamos profundizar estos aspectos, razonando ulteriormente sobre estos y otros elementos que emergen en las entrevistas.

Antes que nada, ninguno de los entrevistados vive su itinerario en el mundo «flexible» en los términos en que alguna vez los presentan las ideologías/apologías liberales. Nadie los vive como una emocionante aventura de «empresario de sí mismo» (aunque sí, de alguna manera, el empresario de sí mismo está a menudo obligado a hacerlo...). Todos o casi, los viven como condición no sólo negativa, sino alienada, o sea, determinada por otros. Las causas de esta condición alienada, por lo general, apenas se indican: alguna vez se refieren específicamente al gobierno, a los patronos, a las normas vigentes, pero el elemento común de referencia es cómo funciona la sociedad o la economía en la fase actual.

El hecho es, sin embargo, que estas condiciones «alienadas» (cuyas raíces se identifican correctamente, aunque de forma genérica) se asumen como dadas; son el «contexto obligado» en el que hay que moverse.

Entonces los márgenes de autonomía proyectiva, todos estrictamente individuales, consisten en definir mezclas personales entre transformación y adaptación, entre mejora y resignación: son maneras de «apañarse» dentro de un contexto pesado, considerado implícitamente inmodificable.

Las respuestas sobre otros dos aspectos aclaran ulteriormente el cuadro. Son las respuestas que conciernen a la política y a los sindicatos, o sea a los dos instrumentos que, en teoría, podrían modificar la situación.

Con respecto a la política, la indiferencia (o, a menudo, el rechazo explícito) prevalece en cantidad aplastante, con poquísimas excepciones. Al-

gunas veces la indiferencia asume el rasgo de un rechazo, a menudo motivado con argumentaciones «generalistas» (pero no sin fundamento empírico): los partidos son todos iguales, sólo piensan en sus propios intereses, etc. Sin embargo, más frecuentemente es una indiferencia pura y simple: no me interesa la política, también porque no pienso que pueda cambiar las cosas.

Distinta es la actitud hacia los sindicatos. Prescindimos aquí de aquella minoría (generalmente de obreros) comprometida en las estructuras sindicales en el lugar de trabajo –que por lo tanto está más activamente implicada, pero también es a menudo más crítica, de forma argumentada, hacia los sindicatos, o algunos de ellos–. Las opiniones que predominan, por lo general, reconocen al sindicato una función útil o incluso indispensable; pero es, por así decirlo, una función de ayuda, de «soporte» para aquellas estrategias de defensa/apañeo individual que hemos visto antes. Dejando de lado la función de suministrador de servicios, el sindicato se considera como útil instrumento de tutela, en una gama que va desde hacer respetar ciertas normas contractuales hasta, en los casos más «avanzados», obtener a través de la contratación la estabilización del puesto de trabajo. Sin embargo no se percibe como instrumento de un posible «cambio del contexto».

5. Algunas consideraciones ulteriores

Intentaremos ahora «ordenar» las observaciones surgidas de la investigación de Brescia utilizando el cuadro de referencia de Erik Olin Wright que hemos expuesto antes sintéticamente. La gama de alternativas hoy «perceptibles» por un trabajador joven tipo es drásticamente limitada, aún con respecto a un pasado no muy lejano: sobre todo, de esta gama están ausentes hipótesis alternativas globales sobre la economía y la sociedad. En primer lugar, hoy las organizaciones del movimiento obrero (nos referimos siempre al occidente capitalista, y principalmente a Italia) ya no proponen alternativas de este tipo. (No nos referimos, obviamente, a alternativas «revolucionarias clásicas», sino a los «nuevos modelos de desarrollo» o de democracia propuestos, por ejemplo, por los sindicatos o por el PCI en Italia en los años 60-70). Sobre esto se conecta la eficacia (parcial) de los grandes medios de comunicación de masas: parcial porque éstos no consiguen una adhesión y un consenso respecto del modelo de sociedad que ellos divulgan, pero sí consiguen que aparezca como el único posible, sustancialmente como «mal inevitable» (la crisis erosionará posteriormente los elementos de consenso, pero fortalecerá la idea de lo inevitable). Finalmente, la fragmentación de los procesos productivos y la descomposición del obrero colectivo, dificulta la emergencia de ideas alternativas y espontáneas y la organización de luchas que partan de ellas.

Es obvio que todo esto incide sobre la percepción de las consecuencias previsibles de las acciones, especialmente de las de lucha. También cuando se tiene una idea, aunque vaga, de alternativas deseables al actual orden económico-social, las previsiones sobre el resultado de la movilización tienden al pesimismo. Todo eso tiene un efecto «retroactivo» sobre las mis-

mas preferencias: se seleccionan pues aquellos objetivos que se piensa que tienen, en el contexto arriba descrito, alguna posibilidad de realización. De aquí las estrategias individuales de «apaño», de mejora parcial que hemos visto prevalecer entre los entrevistados de Brescia.

Después de esta primera «mirada analítica», intentamos revisar el problema en términos históricos, refiriéndonos específicamente a la situación italiana. Un elemento crucial es aquel que podríamos llamar el «viraje liberal» del movimiento obrero italiano –que se desarrolla entre dos fechas cruciales: 1980, año de la derrota en la Fiat, y 1989, año «simbólico» de la caída del socialismo real a nivel mundial–. De fondo está la crisis del fordismo, ya iniciada en los años 70. A fin de cuentas, el movimiento obrero (en Italia como en otras partes) responde a la crisis paralela del fordismo y del socialismo real «interiorizando» la visión liberal. Naturalmente, tiempos y modos varían según las organizaciones. El PCI resiste mientras permanece Berlinguer (aunque al final está bastante aislado), y su deriva liberal sufre una aceleración desde el viraje de Occhetto en adelante (no por casualidad, pues, desde el 89).

Más compleja es la evolución que han seguido los sindicatos. CISL ha sido la primera en «hacer cuentas» con la derrota del 89, con un neto viraje a la derecha. CGIL evita hacer explícitamente un balance crítico y mantiene elementos de débil continuidad con la fase anterior. De hecho, los sindicatos no pueden asumir orgánicamente un esquema liberal contradictorio con su misma naturaleza y función: llegan, pues, a un planteamiento «de concertación», que vuelve a proponer un modelo de relaciones laborales en su día llamado «neo-corporativo», madurado en la última fase del fordismo. Pero, si entonces era una mezcla de concesiones y de contrapartidas, ahora –en la situación mutada– se vuelve a presentar en una versión «débil», en la que concesiones y vínculos superan netamente las contrapartidas y los márgenes de una iniciativa contractual autónoma. CISL implanta sobre esto su propia ideología de la «participación», mientras que CGIL vuelve a lanzar fuera de tiempo un modelo de «codeterminación» [también llamado de «corresponsabilidad» NdT] (en el que el análisis de clase no desaparece) cuando ya no se dan las condiciones para realizarlo, con que se queda en el papel. La consecuencia práctica de todo esto es que los sindicatos «gestionan el retroceso», en un planteamiento puramente defensivo aún cuando las condiciones objetivas volverían a abrir posibilidades de contraofensiva.

El impacto de todo esto sobre la conciencia de clase es profundo, contribuyendo a la visión del «estado presente de cosas» como inevitable: aún más profundo sobre las nuevas generaciones de trabajadores que no han vivido las luchas de los años 70 y por lo tanto no han experimentado una situación de cambio social determinado por la clase trabajadora (las «vanguardias supervivientes» de aquellos años no han hecho un serio balance crítico de las derrotas, y a menudo se refugian en el esquema simplificado de la «traición»).

Ha habido y hay, en el movimiento obrero, elementos de contra-tendencia con respecto a esta especie de «circulo vicioso» entre la posición de las organizaciones, experiencias de lucha y conciencia de clase. En el plano político, un elemento de contra-tendencia (dejamos de lado, por obvias

razones, posiciones «de clase» formalmente correctas sostenidas por grupos minoritarios sin influencia sobre las masas) ha sido representado, en años pasados, por Rifondazione Comunista: no me repito sobre las formas en las que lo ha desaprovechado, o sobre el hecho de que, hoy en día, su «influencia sobre las masas» no es superior a la de un grupo minoritario.

Por el lado sindical, en un determinado momento CGIL se ha «auto-excluido» de la «concertación a pérdidas», aunque con oscilaciones y contradicciones. Pero, hoy, la «capacidad impulsora» de esta posición más radical está fuertemente limitada por las condiciones desfavorables creadas por la crisis y por la división sindical (con CISL que «resuelve hacia la derecha» todas la ambigüedades a las que se enfrenta el sindicato).

Demos ahora un paso atrás en el tiempo.

A finales de los años 50 y comienzos de los 60 del siglo pasado, cualquiera que hubiera hecho una investigación sobre la conciencia de clase se habría encontrado más bien frente a «jirones de conciencia» parecidos a los que hemos hallado en la investigación de Brescia: una lúcida evaluación negativa por parte de los trabajadores de sus propias condiciones de trabajo y de las causas de las mismas, acompañadas por una desconfianza en las posibilidades de cambio general, y por lo tanto por una búsqueda de soluciones individuales, algunas veces «oportunistas». Este es el material sobre el que han «trabajado» las organizaciones que, en los años siguientes, han promovido la etapa de lucha y de conciencia de clase de la década posterior.

Sin embargo, había dos grandes diferencias respecto de la situación actual:

- Existían organizaciones, o partes de ellas (me refiero especialmente a CGIL) que perseguían con lucidez un proyecto de «reconstrucción de clase» en la perspectiva de un cambio social;
- Las condiciones del desarrollo capitalista (pensamos por ejemplo a los años del «milagro económico») favorecían el desarrollo de las luchas obreras.

Todo esto permitió producir un «círculo virtuoso» entre las iniciativas de las organizaciones (poco a poco extendidas a organizaciones otrora más «atrasadas»), experiencias de lucha, formación de conciencia de clase, que ha llevado a la gran década entre finales de los años 60 y finales de los años 70. Hoy, como hemos visto, de momento tales condiciones no subsisten. Y no se dan las condiciones para un «atajo» que, en el corto plazo, invierta el «círculo vicioso» imperante hoy día. La pregunta es: ¿es posible trabajar para romperlo? ¿Este trabajo es posible en el mero ámbito nacional? ¿Quién (obviamente no nos referimos a personas, sino a organizaciones) tiene hoy la voluntad y la capacidad de comprometerse con este trabajo?

Notas

1. Para los camaradas filólogos: las citas de Erik Olin Wright proceden de *Classes*, London. Verso, 1985.

2. Quedaría por explorar en qué medida las nuevas posibilidades de comunicación y conexión abiertas por Internet puedan contrarrestar los procesos de fragmentación de los procesos productivos. Pero hay que advertir que, así como la concentración productiva fordista no era una causa de lucha/conciencia de clase, sino sólo una «condición favorable», lo mismo vale para Internet, que no puede anular los fenómenos de fragmentación de clase, pero puede favorecer una acción dirigida a contrarrestarlos. Haría falta estudiar las experiencias concretas de conexión sobre este terreno (por ejemplo *Chainworkers*) para ver en qué medida son elementos efectivos de organización o, más bien, cultivan la ilusión (muy frecuente también en el pasado) de que la comunicación sea de por sí organización, o incluso la única forma democrática de auto-organización.